



Normal Mailer con Norris Church, su actual mujer, de la que tiene un hijo de dos años.

LOS GATILLAZOS DE NORMAN MAILER

FRANCISCO UMBRAL

NORMAN Mailer, doble premio Pulitzer y el escritor-periodista más marchoso de USA, va a sentar la cabeza y poner su vida en orden. Mailer se ha casado muchas veces, ha tenido hijos con improbables mujeres y ahora quiere volver sobre sus propios pasos, sobre sus propios polvos, regularizarlo todo, reconocer a los niños y, por decirlo así, desrealizarse, cuando todo el mundo (joven) no piensa sino en realizarse. Normal Mailer, seguramente, es que se había realizado demasiê.

Las mujeres del toro

Ah, mujeres ardientes, y cuán fácil es engañaros.
Valle-Inclán

No se refiere don Ramón, con la cita que aportó, a un engaño de la mujer con otra mujer, sino a cómo —todos lo hemos comprobado— es fácil dejar satisfecha a una mujer de respuesta sexual inmediata o liberada, quedando, además, uno mismo como un superdotado a poco que juegue el juego.

54 triunfo

Norman Mailer, cuyo físico he estudiado casi tanto como su prosa (porque me parece que es un heredero de Miller y que viene a romper asimismo con el inglés victoriano, planchado e impersonal que ahora se plagia tardíamente en España), Mailer, digo, es un hombre que, sin duda, ha tenido más mujeres por el toro que por la cara.

Los toreros llaman «mujeres del toro» a las que da la fama, claro, a las mitómanas, a las violadoras de mitos. (Sobre la mitomanía sexual femenina habría que escribir

un ensayo o cosa aparte, pero mejor no, porque las feministas se pondrían en contra, aunque fuéramos a su favor). Las mujeres del toro, se dan, naturalmente, en todos los oficios de la fama, de la popularidad e incluso de la peluquería.

Si Mailer se ha casado, descajado y reproducido tanto (con los consiguientes e intermedios episodios sexuales que llegan a cristalizar en estas relaciones conocidas), es porque tiene mujeres del toro, mujeres de la literatura, mujeres que le aman o han amado

Noviembre 1980

por sí mismo (como querían las rubias del puritanismo de Hollywood), y, mayormente, porque vive una sexualidad barroca, una filosofía del derroche que ha generado una literatura paralela o continuadora de lo mismo.

Derroche de prosa, derroche de talento, derroche de vida (cuando los guardias casi le ametrallan, intentando asaltar la Casa Blanca), derroche de semen y derroche de amor, a más del derroche de tiempo, porque así como las profesionales se cobran en dinero, las no profesionales se cobran en tiempo, en compañía. (Ellas tienen todo el tiempo del mundo, siempre, para el amor: la mujer es la depositaria del tiempo).

La filosofía del derroche es la de nuestro tiempo, trivializada en religión de consumo. Pero consumo es todo lo contrario de derroche. Norman Mailer fascina no sólo porque escriba en una prosa derrochadora, sino porque está derrochando su vida, como ya sabíamos y corrobora esta noticia plurimatrimonial que comento. Un macho,

Los gatillazos

Pero tanta hembra y tanto niño llevan al gatillazo, que ya Stendhal estudia como *fiasco*, explicando en *Del amor* que, cuando por fin se le ofreció la italiana más noble y bella de Italia, en su palacio nocturno, él, aquella noche, pegó gatillazo. Y cualquiera. El macho no es un minipimer.

Entre la Italia de Stendhal, romántica, católica, reprimida e hipócrita, y la América de Mailer, puritana cívicamente, pero muy liberada entre intelectuales y manhattanianos o manhattanitas, hay una diferencia que alberga todo el paso del XIX al XX, aunque se haya dicho que el XIX duró siglo y medio. La sociedad represiva fomenta el gatillazo por la mezcla de expectación-clandestinidad que da a los encuentros incluso

Noviembre 1980

matrimoniales. *El Diario 16* ha titulado así un discurso de Wojtyla: «Usted adúltera si mira a su esposa con lujuria.»

El adulterio es ya un uso burgués que no inquieta a nadie en la burguesía, salvo este adulterio con la propia y santa esposa, inédito e incitante, que acaba de sugerirnos el Papa, madre y maestro. Pero insisto, la represión, la expectación clandestina, la clandestinidad expectante, todo eso ha contribuido durante siglos a crear unas neurosis sexuales que tienen en el hombre, como peripecia menor y más jocosa, el famoso gatillazo o golpe transitorio de falsa impotencia.

Es muy probable que Mailer, que eligió la libertad para vivir y escribir dentro de un contexto social de libertades convencionales (USA), haya pegado menos gatillazos en sus varios y variados matrimonios que cualquier esposo español y sacramental que ha pasado de la expectación de la noche de bodas (castrante) al débito conyugal, no mucho más excitante que el comienzo de una nueva serie en TVE (también castrante: el débito y la serie). Así estamos.

El divorcio feliz

El divorcio feliz, celérico y no colérico, que funciona en Estados Unidos, el divorcio por mutuo acuerdo, tan natural y obvio que

ruboriza estarlo debatiendo ahora en España, ha permitido a Mailer separarse de su cuarta esposa, cosa que no hace a humo de pajas, primero, porque Mailer no escribe con frases hechas, como es lo del «humo de pajas», y luego porque lo que pretende es casarse con Carol Stevens, de la que tiene una hija de nueve años. La finalidad de ese matrimonio no es sentimental, sino judicial. Mailer quiere regularizar la vida cívica de su hija y para ello transacciona racionalmente con Carol Stevens, en bien de la niña, que es lo único que les interesa a los dos. En la piadosa sociedad española, a los huérfanos de la separación violenta, con cachiza de porcelanas, se les envía a Londres, si hay pela larga, o se les deja con la abuela, si no hay pela larga. En todo caso, puerta.

Pero Mailer tendrá que volver a divorciarse de Carol, que esto no es la saga/Mailer que podría hacer la tele, ni el «Yo, Mailer» que no podría hacer nadie. Esto es la realidad de la verdad de la vida y las aperturas que ofrece una sociedad y una legislación para que un hombre vaya rehaciendo/deshaciendo su vida y sus errores, como una alfombra de nudos, sin eternismos maniatantes. Mailer se divorciará de Carol —lástima, ya le habíamos cogido cariño a la pareja, como a unos nuevos vecinos—, para casarse con su actual mujer.

Tejados de vidrio

Nunca digas que no, aunque te llenes de hijos.

Frank Sinatra

Todo este lío parece una comedia de Hollywood años cuarenta, cuando las comedias, efectivamente, se titulaban «Tejados de vidrio», y era como si el hogar americano tuviera el tejado de vidrio, no por la transparencia, sino por la fragilidad. Esa es la lectura que le hacían los críticos tipo Gómez-Tello a las come-

triunfo 55

Mailer tiene mujeres que le aman o han amado por sí mismo y por que vive una sexualidad barroca, una filosofía del derroche que ha generado una literatura paralela.



NORMAN MAILER

días americanas la clave de divorcio, cuando las daban aquí traidoramente dobladas: «Comedia graciosa, pero referida a problemas ajenos a la sociedad española y que atenta contra instituciones sagradas que los españoles seguimos respetando, a Dios gracias».

La lectura que hoy le hacemos a la comedia/Mailer de divorcios, casamientos y descasamientos es muy otra. Es el ejemplo de un hombre libre frente a sus errores, caprichos e inexperiencias, para volver sobre su biografía y corregirla, para mejorar el pasado con los hechos y no con las canciones retrocamp, que es lo más que se nos concede en España.

Norris Church, actual mujer del escritor, ha tenido de él un niño que hoy cuenta dos años. Mailer quiere legalizar a esa mujer y ese niño, no, seguramente, por respeto a las instituciones, sino por respeto a un niño/hombre que va a vivir en un mundo institucionalizado, y eso tenemos que aceptarlo/corregirlo, ya que no podemos volarlo.

Ocho hijos, en total, ha ido sumando Norman Mailer a través de esta biografía amorosa del derroche, y su figura moral, que a los moralistas españoles puede parecerles escandalosa, no es sino un trasunto débil y recortado de las grandes biografías bíblicas, aquellos patriarcas que contaban con todas las mujeres de la tribu (y preferentemente las jóvenes) y dejaban cientos de hijos por las extensiones solares de las Escrituras, sin perder por eso la amistad ni la benignidad de un Dios triangular, octogonal o de acuerdo con la geometría/teología de la era correspondiente.

La peripecia del gran escritor, siempre engendrando algo bajo tejados de vidrio (vidrio en el que cantaba la lluvia de Gene Kelly), es sólo un síntoma de lo que puede la sociedad americana, no un espejo de toda ella, puritana, hipócrita y formalista en buena medida, sobre todo en cuanto sale uno del Manhattan intelectualizado o del San Francisco orientalizado. Mailer es un *vip*, un héroe de esa sociedad.

Los antihéroes tipo «Marty» lo pasan peor, claro.

Victorianos/ elisabethianos

Pero decíamos que Mailer, heredero de Miller, rompe con la prosa rígida, victoriana o impersonal de los libros o los periódicos americanos para hacer otra cosa. Yo no creo que sea un revolucionario, sino —como casi todos los revolucionarios— un conservador bien entendido que devuelve las cosas a su origen. En Shakespeare y Marlowe, el inglés elisabethiano es furioso, barroco, está lleno de ruido y de furia, corresponde a la historia incoherente contada por un loco, pero presidida por un genio.

Así son los ingleses, y mucho más los yanquis. El modelo victoriano se impone rígidamente, no sólo a los pechos de las damas, sino a los figurines literarios, y victoriana ha seguido siendo la novela en inglés, europea o americana, hasta Faulkner. El rigor de los principios morales lo sustituyen James y Forster y Faulkner por el rigor de las estructuras técnicas, pero, en todo caso, hay un sentido del trabajo y el esfuerzo, un puritanismo literario que no concibe el manejo del idioma como cosa lúdica —que era Shakespeare—, sino como disciplina. Cuando el puritanismo ideológico se seculariza, queda en la literatura, en puritanismo del estilo y la estructura: lenguaje impersonal y estructura rígida, geométrica (cárcel del autor). Miedo religioso a la libertad creadora.

Faulkner es tan metódicamente riguroso como Agatha Christie, y sigue el mismo procedimiento de ocultar información al lector para sorprenderle al final. La novela policíaca tenía que ser inglesa, y no sólo por Scotland Yard, sino porque la novela policíaca es crear lo que no vimos —el asesino es quien diga doña Agatha, el más inverosímil—, como la fe.

Con todo esto, naturalmente, había arrasado Joyce, pero Joyce, que hace la desnovela y desautoriza el género para siempre, sigue secretamente sometido a los jesuitas, los clásicos, el latín y el rigor.

Virginia Woolf, que llegó a tener en sus manos, como editora,

el manuscrito del *Ulyses*, llega a decir, ingenuamente:

—Quizás este señor Joyce está haciendo lo mismo que yo, pero mejor.

Cierto, salvo en una cosa: la Woolf sí que rompe para siempre con el rigor calvinista/formalista de la novela y la convierte en un afluente lírico/psicológico sin fin. Joyce, mucho más universal en las concepciones, sigue preso del rigor, de la severidad laboriosa. Lo suyo es el caos, pero un caos estructurado como en Flaubert (mucho más estructurado que «La comedia humana», por ejemplo).

La debilísima Virginia Woolf (de peripecia conyugal tan radiofónica como la de Mailer) es quien abre el chorro poderoso del inglés contemporáneo.

De Shakespeare al nuevo periodismo

*Soy la soledad que toca el
xilofón para pagar el alquiler.*

Henry Miller

Henry Miller es quien primero, más y mejor se moja la cara y las manos en ese manantial femenino de la Woolf, se refresca y lo refresca, tornándolo tan masculino. Detrás de él, beats y hippies, Kerouac y Ginsberg, Burroughs y Norman Brawn escriben ya de otra forma, y el inglés elisabethiano/shakesperiano inunda los periódicos desde los libros, mediante Mailer, Capote, Tom Wolfe y otros.

A eso ha habido que llamarlo «nuevo periodismo».

Toda revolución literaria promueve una revolución de las costumbres, cuando menos, o se origina en ella, como es obvio. Faulkner vivía en el monacato de una granja. Mailer, Allen, el otro Allen, Wolfe, viven en el cruce de modas e ideologías de las grandes ciudades. Tienen que tocar todos los días el xilofón de su prosa, como Miller, para pagar el alquiler de su propia persona o personalidad, que es ya de los demás, de la multitud.

Sobre todo Mailer, que además tiene que pagar tantos hogares.

Viudas del jazz

Las viudas transicionales de Mailer y del divorcio racional generalizado son «viudas del jazz», por decirlo con el título de otra película de Hollywood. Viudas de la música, del tiempo, de la alegre irregularidad de la vida, viudas de un vivo, mientras que del español se ha dicho, por el rigor sacramental y casi sepulcral en que vive, que «pasea al mismo tiempo con su mujer y con su viuda».

(Así lo ve don Marcelo, aunque no sepa expresarlo así).

Mailer, actualmente —recordémoslo—, se divorcia de su cuarta esposa. Mailer es la Penélope de la democracia que teje y desteje el lino de su vida. Mailer va zurciendo así su pasado, su biografía. Este proceso de divorcio tiene un carácter liberatorio o de recuperación plena del presente, después de haberse internado peligrosamente en el pasado, como cuando se internaba en la Casa Blanca.

Lo de Mailer es un poco el tiempo recobrado. La posibilidad meramente platónica que tenía Proust de recobrar y reconstruir el pasado mediante la memoria involuntaria traducida a estilo, es en el ciudadano yanqui una posibilidad real, política y poética, de actuar sobre el pasado y corregirlo. No ya la ortopedia literaria, sino la elasticidad democrática.

El segundo movimiento de esta sinfonía incompleta consiste en un paso hacia adelante —matrimonio con Carol Stevens— para legitimar la hija común, paso adelante que acerca a Mailer al presente, desde el pasado remoto, aunque sin instalarle del todo en la actualidad.

Movimientos éticos, todos ellos, que por eso mismo no dejan de resultar estéticos, considerados literaria e incluso musicalmente. Tercer movimiento de este ballet a lo Maurice Béjart o sinfonía para un hombre solo: Mailer se divorcia seguidamente de Carol Stevens: paso atrás, representación, anulación de algo que ya el tiempo había hecho nulo, parodia, pantomima. Y se divorcia para poder casarse con su actual mujer: paso adelante, de nuevo, como el crescendo de las sinfo-

nías, que sólo aparentemente le otorga la actualidad absoluta de sí mismo, ese don que casi siempre se nos escapa. Porque se va a casar con la mujer que hoy es su compañera, iniciando legalmente una relación que se inició hace tiempo. Tras la representación del pasado, la representación del presente.

Todavía no el presente.

Entre Penélope y Ulises, Mailer va haciendo su viaje para recuperar, no el origen, como Ulises o Proust (utopía del mundo antiguo), sino para recuperar el presente, la actualidad, que es de lo que todos queremos tomar posesión (utopía del mundo moderno). Norris Church (además tiene nombre de iglesia), que es el presente de Mailer en posición de mujer, le dio un hijo hace dos años, lo que presupone, como mínimo, una relación de casi tres. El presente de Norman Mailer tiene tres años de vejez. Como el de cualquiera de nosotros.

¿Cuándo se pondrá Mailer a la altura del presente? Quizá nunca. Eso es un problema filosófico y nosotros sólo queríamos rozar el problema sociológico y el espejo para españoles de esta labilidad de la vida americana, de la democracia, incluso de la democracia viciada.

Happy end

Insistamos en que Mailer es un *vip*, y un *vip* americano lo tiene todo. Pero no es que los famosos americanos se divorcien más, sino que se habla más con ellos, naturalmente. Todos hemos hecho calas de mayor o menor profundidad en la sociedad americana y el espesor de aquella democracia. El divorcio es cotidiano en USA. Lejos de mí cantar a USA ni cantar el divorcio (sacramento nuevo que me deja tan flojo como los viejos). Sólo quería contrastar la labilidad de una democracia con tradición y el envaramiento crispado de una democracia convencional, reciente y cheli, como la española.

Quizá democracia sea sencillamente eso: la posibilidad de que cualquier ciudadano recupere su presente absoluto. La gran utopía

del tiempo nuevo, como digo. Porque vivimos perpetuamente en el pasado personal y colectivo, los españoles y otros pueblos confusos, y toda incursión en el presente es pagada y penada como una incursión venatoria no prevista. Para alcanzar el presente, la actualidad de uno mismo, hace falta la posibilidad social, jurídica, política, religiosa (en cualquier sentido), de rectificar o resolver el pretérito, y aquí vivimos de problemas milenarios e irresolubles.

Los gatillazos que Norman Mailer seguramente se ahorra y muchos españoles padecen, no son precisamente de alcoba, claro, sino gatillazos interiores, morales, afectivos, desmayos de la euforia por lo cotidiano, traiciones a una vida que se nos da hecha.

Hoy que España es una guerra santa divorcio/antidivorcio, la saga/fuga de Norman Mailer, un demócrata de izquierdas tan representativo universalmente, es una parábola que nos alecciona sobre la lucha eterna y ya mitológica del hombre contra las instituciones. En España solemos llamarlo guerra civil. ■ F. U.

Norman Mailer cuando le fue concedido el «Premio nacional del libro» por su crónica «Los ejércitos de la noche.»

